
12-20-2010

Una tarde de poesía con Anagilda Garrastegui

Gabriel Cartaya

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

Recommended Citation

Cartaya, Gabriel. 2010. Una tarde de poesía con Anagilda Garrastegui. *Revista Surco Sur*, Vol. 1: Iss. 2, 8-12.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.1.2.4>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol1/iss2/5>

This CONVERSA(oye)NDO is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.



Gabriel Cartaya

Una tarde de poesía con Anagilda Garrastegui

(compartida con Maribel Sánchez-Pagán,
Madeline Cámara y Haydée Borrero)

Las Musas de la poesía visitaron a Anagilda Garrastegui desde la pubertad, pues el nombre con el que Juan Ramón Jiménez la rebautiza, sería el primer verso, con su rica asonancia, en la portada embellecida de sus libros. Ella ha llenado con su poesía un tiempo y un espacio progresivamente abiertos. Nacida y educada en Puerto Rico (Lengua y Literatura) y España (Periodismo), con una sensibilidad innata y orientada a la literatura, tuvo la dicha de ser discípula privilegiada del gran poeta de Moguer, exiliado en Puerto Rico. Y casi llegaron al mismo tiempo su primer libro —*Desnudez*, 1956— y el Premio Nobel de Literatura de su maestro. Alegría y tristeza se entrecruzan: a los tres días de ser reconocido con el Nobel muere Zenobia, la esposa imprescindible del poeta.

¿Cómo recuerda, Anagilda, aquellos años en que Juan Ramón aún vivía? ¿Qué significó para su vida — y para su obra — la cercanía con un poeta de la grandeza de Juan Ramón Jiménez? ¿Alguna anécdota?

Este tema ya lo he abordado en escritos míos para el Centenario de Juan Ramón, donde he destacado cómo nos conocimos en aquel pasillo de la Universidad de Puerto Rico; la dulzura y bondad del poeta para conmigo cuando tomé su curso sobre El Modernismo. Las notas y cartas que me escribió, el llamarme “poeta”, hicieron que de veras me sintiera poeta. Recuerdo su voz, tan única, y cómo oyéndole me perdía dentro de mis pensamientos. Juan Ramón dejó una huella profunda en mí. Hasta me transformó el nombre Ana Hilda a Anagilda, cuya sonoridad y fluidez son más agradables al oído. Para mí, Juan Ramón es el mejor poeta del siglo XX. No niego su influencia en mi poesía. Fue una influencia benéfica, pero no le he imitado, sino que desarrollé mi propia manera de escribir poesía y utilizar el lenguaje. Mi primer poemario, *Desnudez*, se lo dediqué a Zenobia y a él. Y últimamente he escrito unos sonetos estivales que dedico a mi poeta de siempre.

Me pide que le cuente algunas anécdotas sobre mi experiencia con Juan Ramón. Le voy a contar dos que nunca he contado, sobre todo de cómo la última me impactó. La primera es algo jocosa: vivían Zenobia y Juan Ramón en la calle del Padre Berríos, en Santurce, y una noche fui a visitarlos. Cuando me acerqué a la puerta me percaté que estaban cenando y decidí quedarme sentada en las escaleras frente a la casa mientras terminaban. Traté de hacer el menor ruido posible pero escuché a Juan Ramón decirle a Zenobia, “Zenobia, hay alguien a la puerta”. Ella le contestó que no había nadie pero Juan Ramón insistió y él mismo vino a la puerta, que estaba abierta, y al verme me dijo: “¿Pero criatura, por qué no ha tocado?”. Era como si Juan Ramón tuviera siempre todos los sentidos en alerta, tenía un oído muy agudo.

La otra experiencia fue cuando murió Juan Ramón. Usted me pregunta que significó para mí y le diré que la noche que lo pusieron en la Funeraria Ehret yo llegué en un momento donde no había nadie. Juan Ramón parecía dormido, ya que no lo maquillaron mucho. A su lado, en otro ataúd, estaba Zenobia expuesta y se veía muy pálida y delgada. Ese momento, ambos juntos en la muerte, me inspiró a escribir este poema en prosa que a nadie he leído y tampoco publicado. Se titula Titania y Oberón. A Juan Ramón le gustaba la imagen de Titania y Oberón, para hablar de Zenobia y de él. (*Anagilda nos lee Titania y Oberón, y nos autoriza a publicarlo*).

TITANIA Y OBERÓN

Zenobia Titania, Zenobia madre, Zenobia todo. Pero tenías alma y te dolía el cáncer. Heroína hasta el final. Ni llantos ni protestas. Canciones en tu cama de muerte para calmar la pena del amado, para vestir de música tus hemorragias, para cumplir con los periódicos, para dar lustre a tu alegría por la concesión del premio Nobel. Sola dentro de tus sueños, perenne en los poemas de Oberón.

El último sacrificio te lo impusieron los embalsamadores, a ti que nunca te pintabas. Te arreglaron con esmero, hasta con cariño, para que pudieses esperar, sin mucha palidez, el reencuentro con Oberón. Y así te vi allí, a su lado, acompañándolo en su muerte, Titania, desenterrada, seca, pero aún casi tú, imagen consumida de ti misma, pero aún tú, tranquila, vestida como para una ceremonia. Y junto a ti, Oberón, trajeado también, saludable, dormido, noble, con su barba blanquecida de poeta acicalada y limpia, hermoso en su melancolía estática, y sin poder verte. Y mejor que no te viera, Titania, mejor que no te viera, se hubiese ahogado en llanto. Pero si tú le hubieses visto a él le hubieses despertado con un beso en la frente, y le hubieses amado a pesar de los polvos y del frío de su piel.

Después, el viaje segundo de desposados hacia el cementerio de Moguer. El final del destierro. Regreso a la patria amada, sin guerra civil pero con Franco aún en el trono. El generalísimo que destruyó la República sentado todavía sobre la libertad de España. Los expatriados de conciencia regresaban por fin, silenciosos, ciegos, sordos, al hogar. Después, Moguer, Titania y Oberón dentro de la luz, bajo los árboles familiares, en compañía de doña Purificación Mantecón de Jiménez y Don Víctor Jiménez rodeados de tumbas blanqueadas y cenizas de moguerenos, vecinos silenciosos, como le gustaban a Oberón.

Titania y Oberón, bajo el cielo de Moguer, encerrados dentro del tiempo en sus ataúdes, no supieron de mi visita años después de su regreso, ni de que los pájaros cantaban aquel día. No podrán nunca, tampoco, oír a esos pájaros moguerenos que seguirá cantándoles, todos los días, siempre, mientras haya pájaros en Moguer.

(ESTOS RECUERDOS COMENZARON A ESCRIBIRSE LA NOCHE DE MI VISITA A LA FUNERARIA, Y SE COMPLETARON EL 6 DE NOVIEMBRE DE 1968 EN FARMINGTON, NUEVO MÉXICO).

N. del E. El cadáver de Zenobia fue exhumado en 1958, para acompañar al de su esposo en la Funeraria Ehret, donde fue trasladado después de ser expuesto en la Biblioteca de la Universidad. A ese momento se refiere Anagilda.



Velatorio de Juan Ramón Jiménez (1958) y de Zenobia (1956) en la Biblioteca de la UPR, Río Piedras. Fotos cortesía de la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, de la Universidad de Puerto Rico.



ser en 1970 que se retomó en su totalidad aquel deseo del autor de Platero y yo, por Antonio Sánchez Romeralo. Pero usted también aportó mucho al inventario de sus escritos en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, lo que ha debido influir en el conocimiento de su obra. Sería importante que nos comentara sobre esta labor suya con la obra de Juan Ramón Jiménez y sobre su tesis (1976) Desglose de revistas raras de la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez (1899-1934).

Emprendí el desglose de las revistas raras de la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez en 1976, a sugerencia de Ricardo Gullón. *Helios*, la revista de "Juan Ramón" era una de estas revistas raras y en ella descubrí a un Juan Ramón perspicaz y crítico incisivo, y también al joven que decía las cosas de otra manera. Un joven cuya sensibilidad permeaba las páginas de la revista, que era una publicación de excelencia y belleza como quería Juan Ramón. En esta revista, según Gullón, toma impulso el modernismo y en ella Juan Ramón hizo una defensa de Rubén Darío llamándole poeta "singular", "maravilloso" y "extraño". Yo, desgraciadamente, realicé este desglose muchos años después de la muerte de Juan Ramón, por lo que perdí la oportunidad de conversar con él sobre esta importante revista. Aunque con nosotros, sus estudiantes, siempre hablaba de los escritores que trabajaron en la revista *Helios* con él.

También realicé un inventario, en 1989, de los libros de Juan Ramón y de las anotaciones dejadas por el poeta en las páginas de casi todos esos libros: proyectos para libros suyos, aforismos, comentarios, breves críticas, etc. Esto fue un trabajo verdaderamente gustoso para mí. Pude observar cómo subrayaba, cómo utilizaba los espacios en blanco de la página para escribir proyectos suyos o comentarios. Su letra era bellísima, me encantaba verla, parecían dibujos, aunque era difícil de leer. Raquel Sárraga, la bibliotecaria, me ayudó en el aprendizaje de descifrarlo.

No se si alguno de estos dos trabajos ha ayudado a la publicación de su obra posteriormente. Yo tengo un proyecto en mente que nunca he concluido y sí creo que podría ser de ayuda. Es un *Diccionario*, llamémosle así, con el alfabeto reproducido de la letra de Juan Ramón y algunas palabras claves. Muy pocas personas pueden, por lo difícil, interpretar su caligrafía, como ya les he comentado.

Entre aquellos días en que mediaba el siglo XX y los de ahora, cuando ya ha pasado la primera década del XXI, usted ha publicado diversos libros de poesía en Puerto Rico, Argentina, Estados Unidos y España. Entre *Desnudez* (1956, premiado por el Ateneo Puertorriqueño y el Círculo Cultural Yaucano) y *Camino abierto: antología poética* (2007) están *Niña íntima* (1961), *Siete poemas a Hugo Margenat* (1957), *Abril en mi sangre* (1969), *Shizaad* (1972), *De mis soledades vengo* (1981), *Sgnileef* (1988), *En la noche quieta* (1997), *Malvada* (2000), *Ese ángel desnudo que se llama ternura* (2002), *Los poemas de Ana Cristina* (2004), *Como el rumor del agua* (2005), *Nadie pudo abrazarlo: réquiem por Filiberto Ojeda* (2005) y *Del desvelo a la poesía* (2006, inédito). También ha escrito las novelas *Leche de la virgen azul* (1973) y *Semillas de fuego* (1998) y ha publicado un libro sobre la novela *Redentores, de Manuel Zeno Gandía, que tituló Redentores: "un roman à clef"* (1998). ¿Ha sido la escritura de poesía su prioridad profesional?

Para mí la poesía no es una profesión. Es un talento, una vocación y hasta una necesidad de expresión y comunicación de sentimientos. Y es además una aventura y experiencia lingüística. Mi poesía comienza con una idea o metáfora, y de ahí toma impulso y vuela. Luego viene la elaboración y corrección, o sea, el trabajo poético de la inteligencia creadora.

¿Anagilda, qué ha prevalecido a la hora de entregar el libro para su publicación, la inspiración o el trabajo continuo con el verso?

Yo creo que el trabajo continuo sobre el lenguaje ha sido mi faena de todos los días. Sacarle, pudiéramos decir, el jugo a las palabras, jugar con ellas, darle vueltas y revueltas para ajustarlas a lo que deseo expresar. Antes de entregar el libro para publicación me aseguro de que lo que escribí es lo que quise expresar, que lo escrito me gusta y me satisface, y que lo que escribí agrada a mis lectores. Porque yo escribo tanto para mí como para mis lectores. Esa es mi fórmula para determinar si doy o no mi libro a la publicidad.

¿Cuál es el tiempo de mayor felicidad para Anagilda, el tiempo de la creación o el de reposo? ¿Cómo los

Para mí la poesía no es una profesión. Es un talento, una vocación y hasta una necesidad de expresión y comunicación de sentimientos.

percibe y los domina? (Aquí, la poeta respira y dice algo así: “me va a dar trabajo decírselo, pero iré poco a poco”, su rostro se entristece, sus ojos se nublan y su voz se corta un poco, está obviamente conmovida).

El tiempo de mayor felicidad en mis horas de escritura ha sido siempre compartir con mi marido, Mort, las cosas que escribo. (Lo dice en presente) Especialmente en los años que pasé estudiando la novela *Rendentes*, de Zeno Gandía y escribiendo mi ensayo *Redentes, un roman à clef*. Él me hacía pertinentes preguntas que me hacían pensar y volver a examinar el texto y lo escrito ya. Me ayudaba con sus observaciones y preguntas, a mejorar el estilo, clarificar ideas y reorganizar párrafos y oraciones. Este intercambio nos hacía gozar muchísimo, yo lo grababa y tengo grabaciones muy agradables.

En cuanto al reposo, la lectura ha ocupado mucho espacio en mi vida. Muchas veces eran lecturas compartidas con Mort sobre asuntos de interés para ambos. (Lo dice en pasado, pues su esposo Mort ha fallecido recientemente*).

Con relación a sus dos novelas, donde ambas protagonistas son mujeres, se destaca la poeta y la feminista en la búsqueda de sus raíces puertorriqueñas más profundas. Una escrita sobre la diáspora puertorriqueña en la ciudad de Nueva York (1973) y la segunda en 1998 en una época obviamente de más madurez poética y humana. En ambas se repiten de alguna forma la imagen del minotauro (con el cual se pelea), las cucarachas, el mundo de la niñez y la historia de Puerto Rico a través de los recuerdos. En ambas narraciones el mundo está lleno de preguntas, un mundo más caótico en la primera, de más nostalgia en la segunda. Hay una diferencia de lenguaje en ambas novelas, en *Leche de la virgen azul* se destacan la palabra *soez* o la mala palabra y los refranes, entre otros. En *Semillas de fuego*, aunque hay siempre la resonancia de la lengua hablada y el acento boricua, lo que se destaca es el lenguaje poético. También lo desesperanzador de la primera se diluye en el rescate de las raíces, a través de la casa en el pueblo de Barina en la segunda. Son dos versiones de la misma tragedia, la patria, la colonia, entre otros temas. En ambas novelas las protagonistas tienen la necesidad de la palabra y la escritura. La palabra se torna en rebeldía, independencia, fuerza y reafirmación.

Anagilda, ¿entregarse a la escritura — ambas escriben en español — es la forma de estas protagonistas sobrevivir al patriarcado, al miedo, la timidez, la colonia?, ¿esta reafirmación lingüística la acerca un poco a la Generación puertorriqueña del 30, si existe?

Las protagonistas de mis novelas son mujeres que buscan cambiar las cosas. La escritura es para ellas una forma de encontrarse con ellas mismas, instalarse de tú a tú en la cancha literaria que por tantos años estuvo controlada por el elemento masculino. Decir, aquí estoy yo con mi lenguaje, mis ideas y sentimientos. Yo soy la que me defino a mí misma porque yo me conozco mejor que nadie. Son mujeres que no quieren que sean ellos, los hombres, las que las definan y caractericen. Y también ellas, y yo, vamos a la par inventando nuestro propio lenguaje. A través de recursos literarios como el diálogo, el diario, recuerdos, remembranzas y memorias. El machismo permeaba la vida puertorriqueña cuando las escribí, y creo que seguimos sufriendo de machismo. Las mujeres en el discurso masculino solo pueden ser santas o putas y eso no puede ser, las mujeres también desean y aman.

Están escritas en español porque esa es la lengua de mi pensamiento y porque es en español que las he concebido. No creo que la generación del 30 tenga nada que ver conmigo. Yo leí siempre, desde niña, a Juan Ramón Jiménez, Edgar Allan Poe, Rubén Darío y Machado, y, por supuesto los cuentos de Abelardo Díaz Alfaro y las poesías de Clara Lair que me fascinaban.

¿Cómo mira Anagilda a Puerto Rico?

Pues como todos los que tenemos un ideal sembrado en la conciencia: como una vil colonia, desde el punto de vista político. Como una nación digna de su soberanía. Como una isla bellísima llena de cundiamores y grosellas, con verdores exuberantes y sensuales, y con unos flamboyanes encendidos de pasión. Esa es la isla que llevo en mi memoria.

¿Viaja a Puerto Rico con regularidad, es invitada a participar en la vida literaria?

Viajo casi todos los años a Puerto Rico y he sido invitada a participar en encuentros literarios, a universidades y otras instituciones, pero me he negado a ir. Me he negado porque en Puerto

* Anagilda estuvo casada por 50 años con Mordecai Abromowitz, norteamericano de origen judío, educador y estudioso de la filosofía. Residieron en varios lugares de los Estados Unidos como Nueva York, Rhode Island, Arizona (en la reservación de los indios Navajo), Nuevo México y Chicago; también en China y Tailandia, y en la Florida por los últimos 17 años.

Rico tienen la mala costumbre de no pagar los gastos de viaje y estadía a los escritores puertorriqueños y he decidido, como escritora, que si me invitan tienen que tratarme como tratan a los escritores extranjeros.

Si tuviera que hacer una travesía marítima muy larga y en solitario y le permitieran llevar solo tres libros a bordo, ¿cuáles escogería?

Si la travesía fuera larga llevaría más de tres (dice sonriendo). *La Biblia*, una antología de poesía de Juan Ramón Jiménez y mi antología *Camino abierto* para revisar, ampliar y corregir. Y, quizás, también para recordar.

Volvamos a Juan Ramón, en cuya obra de madurez respiramos tanta sed trascendente y depuración poética, con ese afán de mar, desatado en América. Hay una frase de él, donde afirma: “me gusta vivir en el centro para mirar al sur”. ¿Se relaciona de alguna manera esa expresión, aun subjetivamente, con el hecho de que Anagilda Garrastegui haya elegido este lugar de la Florida para vivir?

Esta expresión nada tiene que ver con mi residencia en la Florida. Escogimos vivir aquí por su clima y porque es el lugar de Estados Unidos más cercano a Puerto Rico. La Florida es bonita, pero a mí me hacen falta las montañas. Me gustan más los estados de Arizona y Nuevo México por los fantásticos colores de su tierra y las formas esculturales y mágicas que el viento y la erosión han ido formando en montes y mesetas.

¿Hay algún proyecto editorial suyo por salir? Y nos regalaría un poema suyo, inédito, para la Revista Surco Sur?

Ya está en prensa para el año 2011 mi libro *El esperpento y otros cuentos*. De mi último libro inédito, para los lectores de la *Revista Surco Sur*, les brindo el soneto número 7, con mucho gusto.

Maribel, Madeline, Haydée y yo, entre libros y palabras, miramos el rostro bondadoso de Anagilda Garrastegui – una de las más representativas en esa promoción de poetas puertorriqueños que la Dra. Josefina Rivera de Álvarez catalogara como “líricos de transición” y de la cual todavía hay mucho por develar –. Con el soneto y sintiendo sus palabras en la Dedicatoria a Camino abierto – “a esa isla llamada Puerto Rico, de la que nunca me he alejado” – se nos acaba la visita. Unos minutos después, casi al oscurecer, la abrazamos y nos despedimos, deseándole de todo corazón salud y suerte y salimos con toda la luz que ofrece una tarde de (su) poesía.

Soneto 7

por caminos brumosos voló mi juventud
caminos serpenteros de la imaginación
por donde mis anhelos transitaban gloriosos
levantando pirámides para adorar al sol

eran caminos solos llenos de pensamientos
de la cabeza loca que me entregó la suerte
caminos inventados con amor y desvelos
para llenar mi vida de aventuras exóticas

para crear mi historia – los mapas del ensueño –
me encarcelé entre libros y escribí sin respiro
fui feliz, muy feliz, feliz por mucho tiempo

pero entonces Amor invadió mi recinto
regando por el suelo su canasta de lirios
Sucumbí a su perfume Se hizo carne el silencio



De izquierda a derecha: Haydée Borrero, Gabriel Cartaya, Anagilda Garrastegui, Madeline Cámara y Maribel Sánchez-Pagán. En Winter Haven, Florida, noviembre de 2010.